

El inconsciente: letra y goce

Gerardo Réquíz

NEL Caracas Declaración

Todos hablan del inconsciente. Este término impreciso forma parte del discurso común desde hace casi un siglo con el disonante nombre de subconsciente. Hay algo de verdad en este prefijo sub que el vulgo sustituye al in, porque señala el carácter desconocido de una dimensión de lo mental que un señor llamado Sigmund Freud propuso como determinante de nuestras vidas. Desde entonces la producción de conceptos sobre el inconsciente no ha cesado. En general el inconsciente es lo que designamos para indicar que el hombre no tiene una relación empírica con la realidad que los animales si tienen. Entre estímulo y respuesta se interpone eso que llamamos inconsciente. Lacan hablaba en el comienzo de su trabajo de sujeto del inconsciente para referirse al sujeto freudiano. Un hombre sujetado por algo de lo cual apenas si tiene idea aunque sufre y goce de su existencia. Por eso no tomamos en el psicoanálisis el punto de vista psicológico que adjudica al yo funciones de dominio de una supuesta la realidad objetiva.

Sobre la estructura del inconsciente no hay acuerdo común. Quizás el único punto compartido es la existencia de una interioridad. De allí en adelante cada analista toma su camino, el que va con su estilo personal. Esto quiere decir que, aun dentro de la misma orientación, la noción de inconsciente y el abordaje clínico que hacemos de él, tiene mucho de ese estilo personal cuya raíz vienen del goce de acuerdo a Lacan.

Las perspectivas sobre el inconsciente van desde el sentido común hasta las construcciones teóricas más elaboradas. Así podemos hablar de freudismo, klieinismo, junguismo, lacanismo, etc. Con puntos de contactos y con contradicciones irreconciliables. Decir cual de ellas es la más cercana al verdadero inconsciente sería suponer un verdadero inconsciente. Si el inconsciente fuese del orden de lo observable directamente, podríamos determinar una estructura única y observar sus cambios si los hubiera. Pero no es así. El inconsciente tiene la particularidad de ser evasivo, intangible, con aperturas y cierres. Por eso Freud decía que se lo construye, se lo deduce en cierto sentido, se lo interpreta, y a veces logramos desde la práctica analítica, sin saber bien cómo, actuar sobre él y disminuir sus efectos mortificantes.

Tampoco podemos apelar a las evidencias clínicas de mejoría o curación puesto que cada analista desde su orientación particular puede presentar resultados positivos, efectos terapéuticos. Quizás el camino más útil es el que propone este Congreso, un encuentro en el cual cada orientación presenta su visión del inconsciente y su abordaje clínico para ser sometida al debate externo.

Pero ¿todas las escuchas que se tienen por analíticas hacen valer la existencia del inconsciente? ¿El analista que recibe la demanda instituye el acto que hace surgir al inconsciente? En segundo lugar, ¿Hasta dónde es posible hablar del inconsciente sin el psicoanalista, es decir, sin la transferencia? ¿No es eso es lo que habría que demostrar en cada caso y con cada sujeto?

II- Cuando recibimos la queja de una persona en nuestros consultorios esa queja con su carga de sufrimiento obtiene de quien la escucha una sanción.

Esta sanción se explica más claramente con la fórmula de Lacan sobre la comunicación humana en sus Escritos. Ella dice que el emisor, en este caso el paciente, recibe del receptor, el que escucha, su propio mensaje en forma invertida Esta sencilla definición toma todo su valor en la clínica como mostraremos a continuación.

Si el sujeto es recibido por un terapeuta cognitivo por ejemplo, lo que se devuelve cuando presenta su malestar, o sea su mensaje, es que su interioridad está organizada por un aprendizaje y puede ser reeducado.

Si el mismo sujeto es recibido por un terapeuta de orientación biopsicólogo la sanción del que escucha estará al servicio de la medicación. Será una clínica de la medicación la que guíe su intervención.



Si se trata de un colega junguiano, tendrá como referencia una simbología preexistente al sujeto en la cual enmarcará su acción terapéutica porque entiende que los arquetipos tienen que ver con la estructura del inconsciente.

Si es de un analista de la corriente de la relación de objeto muy probablemente buscará las fantasías originarias, significaciones puras, podemos decir, que conforman el contenido del inconsciente y la referencia para la interpretación.

Desde la orientación lacaniana ya no será el sentido lo que se busca en el inconsciente sino la marca que deja en el síntoma el lenguaje cuando se encuentra con el goce. Y desde esta perspectiva sostendrá su acto analítico.

Seguramente hay otras perspectivas que se me escapan. Varias consecuencias surgen de lo anterior.

- 1- El inconsciente no es un concepto único con el que estamos todos de acuerdo. Hay terapéuticas que no aceptan su existencia, no le encuentran utilidad o simplemente la sienten como algo que estorba cuando de lo que se trata para ellos es de ayudar al sujeto a acomodarse con su realidad. En este caso el inconsciente no existe.
- 2- La idea que el practicante tenga del inconsciente pauta su acción terapéutica.
- 3- El contenido del inconsciente no es el mismo en todos los casos en consecuencia lo que se espera que surja en la sesión dependerá de la respuesta del analista. Esto indica que el inconsciente no es un dato preexistente fuera de la transferencia y que de él obtendremos lo que el analista evoque con su acto.

III- No importa si se trata de arquetipos, significaciones fijas como las fantasías originarias, guiones de vida, representaciones reprimidas, en todos estos casos el contenido del inconsciente está dado en términos de sentido o significación, y la acción analítica consiste por lo general en llegar a ellos. En consecuencia la interpretación agrega un sentido para obtener otro distinto. Sea del paciente o del analista en realidad se busca la explicación de lo que le ocurre o del material inconsciente. Así la interpretación está del lado de la hermenéutica.

En contraste Lacan plantea que si el inconsciente estuviera formado por significaciones o sentidos sería imaginario. Pero Lacan distingue otros dos órdenes lo simbólico y lo real. El contenido del inconsciente, si es que podemos hablar en esos términos, está organizado por significantes y por esa tercera dimensión que Lacan llama real, que es un resto que se escapa de lo simbólico y aparece bajo la forma de un goce pulsional. Este goce es una de las manifestaciones de lo real.

Esto quiere decir que los significantes no valen por lo que quieren decir, por su sentido, sino por el goce que conllevan. La persistencia del síntoma está dada por ese goce atado a un sentido. Lacan lo llama sentido gozado. Entonces con descifrar lo que eso quiere decir para el sujeto no es suficiente. Igualmente es inútil, desde esta perspectiva, transmitir un saber al sujeto sobre su síntoma o su sufrimiento. El saber como lo vislumbró Freud y lo formalizó Lacan está al servicio del goce. El cambio con respecto al sufrimiento se produce cuando se modifica la relación del sujeto con el goce de su síntoma, de un goce que se mantiene a pesar del bienestar. Los significantes que conllevan goce forman las identificaciones que representan al sujeto y la cura analítica consiste desde la orientación lacaniana en modificar esa relación.

IV- Si el psicoanálisis es una práctica dirigida hacia los modos de goce, hay que tomar en cuenta que estos modos cambian con las épocas. Lacan decía en su seminario RSI que el síntoma es la manera como cada sujeto goza de su inconsciente, esto implica que si los modos de goce cambian, entonces también lo hace el inconsciente y los síntomas. Ello exige que la práctica esté a la altura de esos cambios. Y requiere del analista inventiva y creatividad puestos al servicio de su práctica. Hay también una exigencia ética porque la ética tiene que ver, desde Aristóteles, con la acción y sus consecuencias, y la acción tiene un pie en el goce. Por otro lado, estos cambios tienen que ver con los principios de la práctica



analítica que no se confunden con el standard. El estándar puede ir contra los principios, convertirse en una camisa estrecha que no permite la modificación de la práctica de acuerdo a los cambios de la subjetividad de la época.

